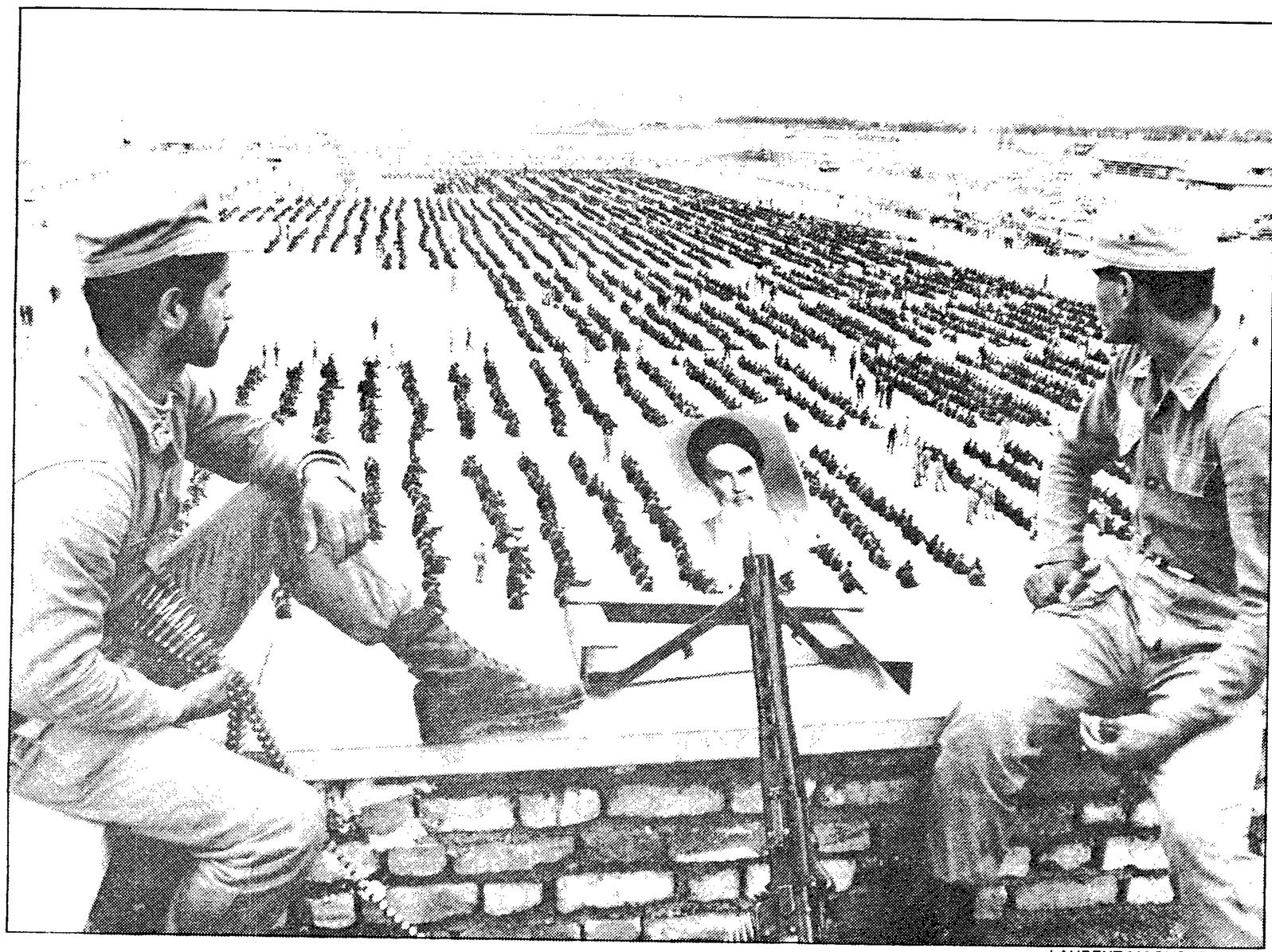
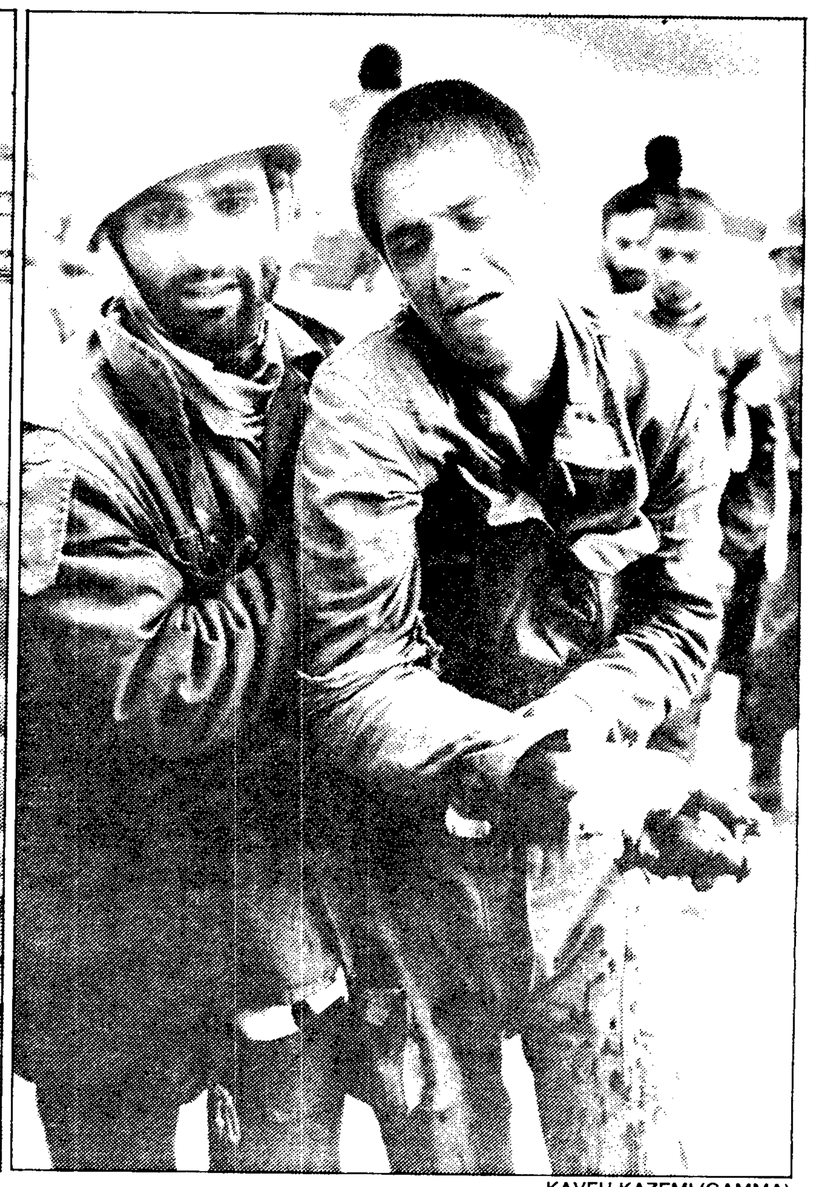
IMÁGENES DE UNA GUERRA



LAURENT MAOUS (GAMMA)



KAVEH KAZEMI (GAMMA)

Dos imágenes de la guerra del Golfo: prisioneros iraquíes, a la izquierda, y un herido iraní.

Estampas del fin del mundo

Los testimonios gráficos del enfrentamiento entre Irán e Irak

JAVIER VALENZUELA

El *hoyatoleslam* Rafsanyani es un hombre de mejillas lampiñas como un tiburón y ojos pequeños y achinados en los que brilla la inteligencia. Una capa negra flota como una sombra a sus espaldas. Hace unos días, Rafsanyani habló en Teherán a un grupo de juristas, historiadores y periodistas de todo el mundo.

"Una dictadura armada hasta los dientes ataca una revolución popular y el mundo aplaude. Cuando esta revolución contraataca, el mundo se echa las manos a la cabeza", dijo el hombre de confianza del imam Jomeini. Sin perder una sonrisa que le es tan característica como el blanco turbante y el flequillo que asoma debajo, Rafsanyani remató: "Me pregunto el porqué".

La guerra del Golfo parece haber terminado. Militarmente no hay vencedor, políticamente Irán es el vencido.

¿Es posible que una nación poderosa y con una causa revolucionaria pueda dejar de ganar una guerra por la imagen que de sí misma proyecta en el resto del universo? ¿Por qué Irán, que ha combatido al mismo tiempo a Irak y a Estados Unidos, no ha gozado ni de una décima parte de la simpatía que despierta la Nicaragua sandinista?

La guerra del Golfo ha sido el tercer gran conflicto bélico televisado tras Vietnam y Líbano. Desde el primer cartucho disparado, Irak renunció a efectuar propaganda en el mundo. Era el país agresor y por ahí no podía sacar nada. Mejor callarse y dejar que el rival se desprestigiara a sí mismo. Fue muy astuto por su parte.

He estado tres veces en Irán en el transcurso del último año de la guerra. En mi cabeza se confunden las escenas que vi con mis propios ojos y las de las fotos y los reportajes de televisión. Es un torbellino de guerreros barbudos, con uniformes desastrados y cintas de colores en la frente, que proclaman su disposición al martirio; mujeres con negros chadores, un niño en una mano y un kalashnikov en la otra; Jomeini mirando ceñudo como un patriarca bíblico; cuerpos cubiertos de pústulas tras respirar gases venenosos; cadáveres momificados por el sol del desierto; viviendas derruidas como pasteles de hojaldre; palmeras convertidas en cerillas usadas; petroleros ardiendo; masas que alzan el puño y gritan "Down with Amerika" y "Ala Akbar".

Rojo y negro

He bebido la copa del apocalipsis en las trincheras de Sardacht, aquel día en que los guerrilleros de Alá me ofrecieron tajadas de sandía, mientras los artilleros iraquíes de enfrente se empeñaban en enviarnos a todos al paraíso, el infierno o donde diablos se vaya después de muerto. Y era de color rojo y negro, y tenía el gusto de la sangre, la tierra y el fuego.

Dios contra América. Hay una colección de libros con fotografías bélicas tomadas por reporteros profesionales y soldados aficionados iraníes. Son cinco volúmenes editados por el cuartel general de propaganda de guerra de la República Islámica, bajo el título genérico de *The imposed war*. Cuando ya no te queda nada que vomitar, te descubres admirando, con la fascinación de un ratón ante una serpiente, las hermosísimas estampas del fin de los tiempos.

La imagen ha hecho mucho daño a la causa iraní. Los revolucionarios islámicos han aparecido, de modo inevitable, como una horda desencadenada de fanáticos intolerantes, locos suicidas y torturadores de mujeres. Ellos mismos han contribuido con inocencia a esa visión. No tenían la menor idea de cómo los medios de comunicación de Occidente podían manipular su entusiasmo religioso y revolucionario para aterrorizar a los contribuyentes.

Las imágenes de Prensa y televisión eran verdaderas, sólo que no contaban con qué hospitalidad los barbudos con las cintas en la frente recibían a los periodistas extranjeros.

Irán es el viejo país de Ormuz y Ariman, una tierra de ángeles y diablos. Una tarde fui al Luna Park de Teherán con una familia iraní. Subimos al tren de la bruja y, en lo más oscuro del túnel, nos asaltaron dos monstruos de draculescos colmillos rezumantes de sangre. Reconocí fugazmente los rostros del presidente iraquí Sadam Husein y el norteamericano Ronald Reagan. La pequeña Samaneh agarró mi brazo como un náufrago su salvavidas.

Otro vez viajé a la ciudad de santa de Qom. La carretera era un bosque de carteles con retratos al óleo de clérigos musulmanes muertos durante la revolución y la guerra. Los colores tenían la dulzura de las antiguas fotos pintadas a mano, y los personajes, aire beatífico.

Satanes y santos, y esquelas, miles de esquelas, media docena por muro iraní. Mientras el Gobierno de Bagdad ocultaba sus bajas al pueblo iraquí, el de Teherán las multiplicaba en las paredes.

Recuerdo también aquella vez que visité Niavaran con un colega surcoreano. Los revolucionarios islámicos habían dejado tal cual el conjunto palaciego de la dinastía Pahlevi, para que las masas pudieran apreciar su insolente nivel de vida. El único cambio había consistido en poner boca abajo las fotos de la familia imperial. Pues bien, el surcoreano y yo mirábamos estupefactos las gigantescas botas de la estatua en bronce del sha Reza, cuando del palacete contiguo salió Sadam Husein secándose el sudor. No cabía duda, era él: la misma cara, idéntico mostacho, el habitual uniforme de combate con la pistola al cinto. Segundos después descubrimos que se trataba del rodaje de un largometraje de propaganda bélica, en el que un actor representaba al presidente iraquí.

He estado en Irak una sola vez. Ese lado era mucho menos atractivo para un corresponsal de guerra. Mi estancia en Bagdad y el viaje al frente de Subeidat bastaron para confirmarme la pobreza de la iconografía iraquí. Se limitaba a multiplicar hasta la pesadilla los carteles tamaño fachada con la imagen de Sadam Husein. Parecía que él solo iba a ganar la guerra. Apuesto a que el 90% del público mundial no puede recordar la cara de Sadam Husein.

El presidente iraquí optó por mantener un *low profil* ante el resto del planeta, al tiempo que estimulaba para el consumo interno un culto a la personalidad, que le llevó a proclamarse la reencarnación del rey babilónico Nabucodonosor.

Final

A su lado, el mismísimo Jomeini parecía un discreto gobernante. A propósito, ¿saben ustedes que el anciano teólogo tiene prohibido el uso de su retrato en sellos y billetes de banco? Sencillamente, no le gusta, como tampoco que le fotografíen con las gafas de leer.

La imagen final de esta guerra es una oleada humana de iraníes que se lanza a la bayoneta contra una batería de misiles iraquí. Los iraníes gritan "Ala Akbar", los iraquíes callan y hacen cálculos trigonométricos. En sus sofás, los telespectadores occidentales ven la escena tras una noticia sobre el SIDA y otra sobre la declaración de la renta. Los occidentales toman el callado partido de la tecnología frente a la religión.

La respuesta a la pregunta que se hacía el otro día el *hoyatoleslam* Rafsanyani es que Dios ha muerto en los ricos países donde se pone el sol.

Si Homero levantase la cabeza

LUIS MATÍAS LÓPEZ

Se acabaron las guerras limpias. Vietnam les dio la puntilla. Homero no habría escrito *La Iliada* si hubiera visto los bombardeos de Hanoi, las trampas cenagosas de la *ruta Ho Chi Minh*, aquella niña con la espalda quemada por el napalm o aquel general destrozando de un tiro la cabeza de un *vietcong*.

Con la televisión en el frente de batalla, con los reporteros de guerra apuntando sus cámaras en busca de un *scoop*, la épica se queda casi siempre en fuera de juego y surge, en toda su crudeza, la inutilidad intrínseca de las guerras. Porque no hay guerra útil, ni romántica, ni justificada, aunque la adorne Homero. Las cosas tampoco son como parecen en el imperio audiovisual, pero con fotos a todo color y televisión en directo no hay quien se trague ya las *bellas historias* de la guerra.

La columna de *contras* por la jungla nicaragüense, las mujeres con chador y fusil al hombro, los *muyahidin* que cargan las piezas de los cañones por las montañas afganas, los convoyes de *jeeps* de los guerrilleros saharauis, los huesos pelados por el sol de los cadáveres de combatientes chadianos, las pilas de cadáveres víctimas de los *jemeres rojos* camboyanos...

Son imágenes que llegan cada día a las pantallas de televisión y a las páginas de los periódicos. Algunas convierten a los periodistas en protagonistas, como la de la muerte del norteamericano Bill Stewart, que hizo más para derrocar a Somoza que meses de combate de los *muchachos* sandinistas. Imágenes *bellas* en ocasiones, pero viciadas de cruda realidad. Imposibles para Homero, que lo mejor que podría hacer, si hoy levantara la cabeza, sería escribir una novela negra.